

Dios verdadero y universal, cuya sabiduría se manifiesta en toda la Naturaleza, cuyo aspecto exterior es visible en cualquier lugar, más cuyo poder no puede realizarse sino por aquel en quien Dios se ha despertado á la conciencia propia. Entónces sabrán los hombres que Dios es Uno y Todo en Todo, y que la Humanidad es Una espiritualmente sin separación ni división.

Entónces gemirán y sollozarán los dioses creados por el hombre porque su fin habrá llegado. Entónces se lamentarán los Fariseos y los Escribas que pretenden ser los depositarios de la sabiduría y los mensajeros de los dioses que los hombres han inventado, porque los dioses — los fámulos de la iglesia — serán inútiles, y con ellos terminará su autoridad. Entónces cesará el pueblo de sacrificar al *Becerro de Oro*, y se restaurará el reino del verdadero *Jehovah* que se regocija en el corazón del hombre cuando mata sus pasiones animales y le sacrifica sus opiniones erróneas; mas los que rehusan abrir los ojos á la luz de la verdad, permanecerán en la oscuridad y sufrirán las torturas que ellos mismos han creado por su mórbida imaginación.



NAZARETH

*El Hijo, cuyo nombre es Sabiduría,
nace de la conjunción de la Intelligen-
cia y de la Intuición.*

La *Galilea* es una de las más hermosas provincias de la Palestina. Parece un oasis en medio de los desiertos áridos que suelen verse en la *Tierra Santa*, y en uno de sus lugares más encantadores está situada la aldea de Nazareth. Los campos son verdes y las selvas numerosas; y en los verjeles que rodean las chozas de que se compone la aldea, crecen los higos y los limones. Al Oriente está el Rio Jordán que corre tranquilamente entre los jardines y las quintas que se encuentran entre sus orillas y chispea á la luz del sol, desde el momento en que el astro radiante se eleva por encima del majestuoso Monte Tabor, hasta cuando desciende bajo el horizonte detrás de los derrumbaderos del Monte Carmelo que se divisa en el lejano Oeste; mientras que hácia el Norte puede verse una pequeña faja blanca, el Mar Mediterráneo que arroja su espuma sobre la playa arenosa de la Fenicia.

Así en la mente del hombre, y en medio del desierto de las opiniones, puede encontrarse un lugar que merece el título de Tierra Santa, en donde el río del pensamiento fluye tranquilamente, iluminado por el Sol de la Divina Sabiduría que, desde el principio del mundo, salió en el Oriente; mientras que en el lejano Occidente se columbran las montañas del Escepticismo. En aquel sagrado lugar se conocerá á la Verdad, el Salvador verdadero.

Al principio de la era cristiana, la aldea de Nazareth era un conjunto de chozas construidas de adobes, como todas las casitas orientales, y al parecer sin ninguna pretensión arquitectónica. No había esas anchas avenidas y espaciosas calles cómodas para los transeuntes y los carruajes, que suelen verse donde impera la civilización europea, sino que había ese desorden encantador, esa variedad que dá á las ciudades antiguas su carácter particular, é imprime en cada lugar cierto grado de individualidad propia. Con el fin de evitar á los intrusos, las casas no tenían ventanas á la calle, y recibían luz de los *patios interiores*, los que, en este clima apacible, servían de lugares de reunión ó de trabajo durante el día y de dormitorios en la noche. Los habitantes de Nazareth cuyo número podía ascender á unas cuatro mil almas, eran en su mayor parte modestos y sencillos, en cuyo particular diferían de los habitantes de la Judea. Eran de una especie mezclada componiéndose de Hebreos, Fenicios, Arabes y Griegos, á los que es preciso añadir cierto número de oficiales y guardias allí apostados para cuidar los intereses de los romanos.

Como suele suceder en los lugares donde están mezclados tipos de varias especies, las mujeres de Nazareth eran muy hermosas. Eran célebres en toda la Palestina

por sus encantos, y su belleza no podía dejar de llamar la atención de los magníficos soldados romanos, los cuales las enamoraban.

En aquel tiempo, la naturaleza humana no era fundamentalmente diferente de lo que es hoy día, y no tenemos porqué sorprendernos al saber que uno de los robustos guerreros romanos, llamado *Pandira* se enamoró de una de las jóvenes ojinegras de Nazareth, y que el fruto de su unión ilegítima fué un hijo que llamaron *Jehoshua*, y que éste, habiendo heredado de su padre el orgullo viril de los romanos, y de su madre judía su belleza y modestia casi femeninas, llegó á ser el vehículo adecuado para la manifestación de aquél grande y poderoso espíritu de sabiduría que le inspiraba la idea de echar por tierra los altares del cruel Jehovah, y de enseñar al género humano el evangelio de amor fraternal.

No se escandalice el oído piadoso al oír decir que Jehoshua era hijo natural; nuestro respeto para el gran reformador no ha de disminuir á causa del hecho «histórico» de que había nacido ilegítimamente, porque la verdad no viene á menudo de una manera considerada legítima entre los hombres. Consideran legítimo sólo aquel conocimiento que tiene por padres la observación exterior y la lógica; pero las más grandes verdades espirituales vienen por intuición sin señales exteriores. Son los productos de la percepción interior y del entendimiento y son rechazadas como ilegítimas por aquellos que raciocinan desde el plano de efectos exteriores. Ellos bajan silenciosamente del cielo, entran en el alma durante nuestros sueños; pueden sernos comunicados en visiones, y son vistos por el espíritu, mas no los acepta la inteligencia escéptica, la cual es espiritualmente ciega. Ni la ciencia ni la iglesia autorizan la manera en que llega semejan-

te conocimiento, porque las ciencias y las iglesias pertenecen á las cosas exteriores, por lo que el mundo rechaza tales verdades.

Únicamente aquellos cuya alma es pura é inmaculada, cuya mente no ha hecho legalizadas alianzas adúlteras con dogmas pseudo-científicos ni con dogmas teológicos erróneos, únicamente aquellos cuyo corazón no se aferra á las opiniones ajenas, sino que poseen dentro de sí el espíritu del saber, únicamente ellos podrán recibir las verdades ilegítimas por el poder de la inspiración. Su alma puede ser «Madre de Cristo», su mente iluminada por el Puro Espíritu de la Santidad, su corazón templo vivo de Dios.

Poco hay que decir de la madre de Jehoshua. Entónces como ahora, las mujeres de los países orientales tenían muy poca oportunidad para recibir alguna educación ó para desplegar otras perfecciones que sus talentos naturales y sus encantos físicos. Ignorante, inocente y modesta, sin educación, pero bondadosa, simpática y hermosa, *Stada*, así como muchas otras mujeres se guiaba más por las decisiones de su corazón que por los cálculos de su intelecto. Su corazón tenía sed de amor y esperaba encontrar en Pandira la realización de su ideal. Su historia no es sino una mera repetición de millones de otras historias de la misma especie. Como en el caso de su prototipo *Psyche*, se alejó su amante luego que ella empezó á ver quien era, y después de un período de pesar se casó con un pobre ciudadano, un carpintero, el que, á causa de su hermosura y de su genio apacible, consintió en ser su esposo y padre de su hijo.

En la familia de este *carpintero* y *construcctor* de casas, Jehoshua pasó los días de su niñez, aprendiendo á hacer *casas en miniatura* y *jaulas* para animales. Tenía evidentemente mucho talento, porque las casitas que él

construía estaban tan bien adaptadas á sus propósitos como la forma física del hombre está adaptada á su alma. Mientras las relaciones evangélicas, cuyo lenguaje alegórico se refiere evidentemente al crecimiento y al despertamiento del principio inteligente en el hombre, representan á Jesús como un niño sobrenaturalmente sabio y, por lo tanto, desnatural, los evangelios llamados apócrifos hacen mención de él como de un niño turbulento y travieso, que poseía naturalmente algunos poderes de magia negra con los cuales lastimaba á sus compañeros cuando le contradecían ó rehusaban someterse á sus caprichos. Considerando estas últimas relaciones como grandes exageraciones, bien podemos suponer que habiendo heredado de su padre natural el temperamento del soldado, no encontraba mucha satisfacción al seguir la profesión de su padre adoptivo, y prefería vagar por los alrededores de la aldea ó hasta las montañas, á manejar la sierra en la carpintería. El hijo ilegítimo, y por lo tanto intruso, de la mujer del carpintero, no era muy estimado ni acariciado en aquel hogar, cuya paz fué perturbada no pocas veces por las pequeñas tempestades causadas por las costumbres vagabundas de ese muchacho que gustaba de salir por la noche y trepar las rocas del Monte Carmelo, ó, cuando había luna, sentarse sobre un derrumbadero y contemplar la vasta extensión del Mar Mediterráneo, soñando en países que jamás había visto y preguntándose qué clase de playas había al otro lado del mar.

La escuela puede ser un lugar á propósito para educar el Intelecto y hacerle comprender los fenómenos externos; pero la Naturaleza es el mejor maestro para la expansión de la *Inteligencia* espiritual y el ennoblecimiento del carácter. Muy grande es la superioridad de

la mente educada é instruída sobre la inculta; pero todavía más grande es la luz de aquellos que han sido educados por la Naturaleza misma, y han adquirido la sabiduría independientemente de los mortales. Los que pasan su vida en las escuelas adquieren á menudo grandes conocimientos respecto de las cosas externas, cuyos conocimientos serán útiles hasta donde alcancen, mientras que al mismo tiempo puede perder la capacidad de percibir verdades fundamentales é internas, que son con mucho más importantes que todo lo que pueden aprender respecto de la existencia física. ¿Porqué es que, con frecuencia, los pastores, los cazadores y los pescadores y los que viven en las soledades de las montañas, de la selva ó del océano, son capaces de concebir ideas muy exaltadas, muy superiores á la comprensión intelectual del dogmático? ¿Es acaso porque el espíritu del hombre, contemplando por medio de los sentidos la extensión de la Naturaleza, se siente atraído hácia lo Infinito y lo Eterno, su hogar legítimo, y así suelta las cadenas que le ligan á su prisión terrestre y adelgaza el velo que impide á los hombres mirar en el dominio de lo Desconocido? Poco sabe nuestra civilización moderna tocante á esa grande escuela donde el maestro es el Espíritu universal de la Sabiduría Divina, donde se dilata el corazón y concibe la mente ideas demasiado sublimes para que el lenguaje de los mortales pueda expresarlas; pero á menudo, cuando el cuerpo físico descansa en el sueño y los poderes intelectuales del hombre cesan de vigilar, el espíritu amante de su libertad, puede abandonar por un momento la tarea que tiene de construir su prisión minúscula, y vagar por las regiones de su eterno hogar, hasta que los sentidos despiertos vuelven á llamarle para que atienda á sus labores terrestres.

Mientras Jehoshua vagaba por los campos y las selvas de Galilea, su mente se ensanchaba y comenzaba á extenderse hácia el reino del Eterno. Con frecuencia, mientras meditaba, semi-olvidados recuerdos de vidas pasadas en este planeta, revoloteaban ante su alma, y se presentaban á su visión espiritual imágenes indistintas del porvenir. ¿Qué es la *memoria* sinó el poder de recordar y percibir espiritualmente las imágenes del pasado impresas en la Luz Astral? Y acaso ¿no puede nuestro espíritu al extenderse y al aumentar su poder, no solo recordar sus existencias anteriores en este globo, sinó también leer en la *memoria de la Naturaleza* la historia entera del mundo? Llenaba su alma el deseo ardiente de conocer lo Desconocido, y su mente libre de opiniones adoptadas, bebía la sabiduría en la fuente universal de la verdad.

A medida que iba creciendo, empezaban á atraer su atención las cuestiones políticas y religiosas de aquellos tiempos. Siendo hebreo con sangre romana en sus venas, no participaba de la intolerancia ni del odio de los judios contra sus opresores, ni del desprecio con que estos consideraban á aquellos, y esta circunstancia favorable secundó en gran manera el desarrollo en su alma de los gérmenes de la tolerancia política y religiosa y los hizo crecer y dilatarse en aquel amor, para toda la humanidad sin distinción de raza ú opinión religiosa, de cuyo amor llegó después á ser el representante.

¿Porqué riñen los hombres acerca de sus opiniones respecto á la religión? ¿No tiene cada uno el derecho de creer lo que le agrada mientras no tiene conocimiento? Cuando llega el verdadero conocimiento, cual es el que resulta de una percepción y comprensión directas, no

puede haber ya más contiendas acerca de teorías. Si un ciego negare que puede ver aquel que vé, este no se tomaría la molestia de argüir con el ciego, y es poco probable que le fuera posible convencerle, porque el verdadero conocimiento no puede enseñarse; debe alcanzarse por la experiencia. Aquello que se aprende sin experiencia es meramente un asunto de opinión. El que riñe con otro acerca de opiniones, no hace, después de todo, otra cosa que reñir con sus propias dudas.

Tranquila y uniformemente transcurrían los días en Nazareth; muy poco *tráfico* había en aquel lugar. Las faenas de la labranza y las vendimias ocupaban la atención de los habitantes; pero el gran acontecimiento del año era, cuando en la época de la fiesta de los *Tabernáculos* y la «Pascua», la población rural iba á Jerusalem á gozar de los espectáculos de la capital y á cumplir con las observanzas religiosas de costumbre. Entónces las calles de la capital se parecían á una feria; las casas estaban llenas de forasteros, y fuera de las murallas había campamento de tiendas y de chozas con techo de paja, en las cuales los peregrinos preparaban sus comidas y discutían los acontecimientos del día.

En tales ocasiones el gran templo estaba lleno de gente desde la mañana hasta la noche. Mercaderes de todas clases llenaban los patios, y hasta el santuario llegaba el ruido que hacía el comerciante al alabar sus mercancías y reñir con el comprador acerca del precio; mientras que en el interior del templo, Fariseos igualmente codiciosos, vendían á los creyentes credos teológicos y promesas de recompensas celestiales. Algunas salas estaban dedicadas á la distribución de la justicia y en otras tenían lugar doctas discusiones. Allí se explicaba la letra de la Ley con largos argumentos y sofistería elab-

borada, mientras que se negaba y se desterraba al espíritu de las antiguas doctrinas. Poco conocían el significado secreto de estas doctrinas y los que lo conocían eran considerados como herejes y eran perseguidos por los partidarios ortodoxos de la iglesia.

Así el templo de Jehovah se parecía á la mente del hombre, en la cual tiene lugar una guerra perpétua entre los intereses del animal inferior y la personalidad racional, quedando desatendidos los dictámenes de la *Saviduría Divina*. En la mente del hombre, lo mismo que en el templo de Jerusalem, hay una lucha continua entre opiniones contenciosas, entre deseos egoistas de diversas especies, entre la duda y la superstición, la esperanza y el temor; y los *Escribas* y los *Fariseos*, apelando á las inclinaciones egoistas de la constitución del hombre, afirman su autoridad empréstada, y dominan á la verdad por medio de la sofistería y de una aplicación errónea de la lógica.

Con frecuencia Jehoshua estaba presente en estas doctas disputas. Su natural sentido común se levantaba contra la sofistería de los *Fariseos*, con la cual ellos pervertían la verdad, y tomando parte en las discusiones, los desconcertaba con sus preguntas y confundía su lógica. La intrepidez y la inteligencia que manifestaba en tales ocasiones atrajeron la atención del *Rabino Perachia*, el cual había sido en otro tiempo presidente del *Sanhedrín*, y el cual era más inteligente y más liberal que sus colegas. Invitó á Jehoshua á su casa y le instruyó. Nació una solida amistad entre el anciano y el mozaibete, y como aquel iba á emprender un viaje á Egipto con el propósito de proseguir ciertas indagaciones en las ciencias llamadas *ocultas*, invitó á Jehoshua á que le acompañase en su viaje, y éste con júbilo aceptó la oferta.